

LA HIPÓTESIS ASSANGE: APERTURAS Y TENSIONES EN LA TECNOPOLÍTICA CONTEMPORÁNEA

Francisco Sierra Caballero¹

Hace casi una década, en *Smart Data* (2010), James George y James Rogers exploraban el reto de la sociedad del conocimiento, reflexionando sobre el rol de la investigación social en un contexto de ciberataques y falsas noticias resultante de la dialéctica de la espiral del silencio, hoy normalizada en el proceso de socialización de los flujos de datos y los canales e infraestructuras de conectividad social. Ya la *European Political Strategy Centre* advirtió en 2017 que el escenario futurible de la UE en 2020 estaría determinado por un crecimiento económico cada día más dependiente de la protección de datos y del carácter polinizador del capital social relacional. Las bases de datos y el uso comercial marcan de hecho una geopolítica de la comunicación y la cultura internacional que sin duda está determinando el futuro de los pueblos. Los patrones de correlación y previsión social de la información en tiempo real del marketing viral captura de hecho la vida y expresión de los ciudadanos por medio de la colonización del tiempo de consumo (*Smythe dixit*) y de cooperación y reproducción social. Pero al mismo tiempo, la red es hoy un espacio emergente de articulación política de la insurgencia que conecta latencias, ausencias y demandas de participación y justicia social que el cerco mediático no viene resolviendo desde mediados del pasado siglo con la emergencia de lo que Jesús Sabariego define como “Recientes Movimientos Sociales Globales” que “tienen un prólogo en 2008 con la llamada Revolución de las cacerolas,

¹ Catedrático de Teoría de la Comunicación y director del Departamento de Periodismo I de la Universidad de Sevilla. Director del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (www.compoliticas.org) y editor de la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación (REDES.COM) (www.revista-redes.com). Es experto en políticas de comunicación, nuevas tecnologías y participación ciudadana de la Comisión Europea. Presidente de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (www.ulepicc.org), y director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM).

tras la quiebra de los principales bancos del país y el asesinato por la policía del menor de edad Alexis Grigorópulos en Atenas. Los movimientos sociales que toman las plazas, en el Oriente Próximo desde 2010, los movimientos indignados en el Sur de Europa y las protestas del movimiento Occupy en Estados Unidos, las masivas ocupaciones de calles y plazas frente a las instituciones, de espacios simbólicos para la ciudadanía en Reikiavik, Túnez, El Cairo, Madrid, Atenas, Lisboa, Londres, Roma, Frankfurt y otras ciudades europeas, Nueva York, Tel Aviv, las protestas del movimiento estudiantil en Santiago de Chile y las de los ciudadanos rusos contra la política de Putin y las supuestas irregularidades en las elecciones legislativas de diciembre de 2011 en las principales ciudades del país, entre otros acontecimientos y factores, nos permiten vislumbrar algunas cuestiones que diferencian a estos movimientos globales de otros movimientos anteriores, a pesar de su diversidad y heterogeneidad, o mejor dicho, a causa de esta” (Sabariego, 2017: 6).

En la galaxia Internet, hemos pasado de este modo de la política como el arte de lo posible a la cibercultura como el arte y la técnica de lo imposible de mundos imaginados y por explorar. En la dialéctica de lo que el profesor Jesús Galindo denomina la primera erupción visible, entre red y sujeto, no cesa el flujo de intermediación que desestabiliza instituciones y formas tradicionales de reproducción social. En este sentido, “si el big data plantea problemas políticos todavía inescrutables, los grupos activistas abren dos frentes: uno referido a sus regulaciones legales y otro que promueve herramientas como la criptografía. En cualquier caso, difundir y volver masivas estas discusiones no contribuye a hacer más conscientes nuestras prácticas digitales. Al mismo tiempo, permite descubrir una nueva agenda política que hasta ahora era en buena medida invisible. Y también, por ejemplo, da lugar a considerar algunas de las discusiones en curso promovidas por los activistas: sobre el alcance político de las nuevas licencias y el software libre, sobre los modos de habitar/confor-

mar internet, sobre la llamada gobernanza de internet y la soberanía digital” (Domínguez, 2017: 147). En otras palabras, la metáfora de la red, la era del algaritarismo, describe, como las puertas y ventanas, la prevalencia de la lógica de los espacios liminares de apertura y cierre, considerando que el principio de conectividad social no es discontinuo, sino permanente, activando con mayor o menor potencia la cultura de la adaptación creativa, la necesidad de resiliencia, la lógica transformadora de re/existencia de las culturas subalternas no exenta, como es lógico, de tensiones y disputas por el código

La democracia y el concepto de ciudadanía digital son, por definición, ambivalentes y materialmente contradictorios, sujetos a conflictos y dialécticas siempre abiertas al proceso de cambio social. Considerando la diversidad de expresiones, prácticas y sentidos públicos de las nociones al uso sobre el objeto que versa este libro, la redefinición de la lucha por el código se antoja por lo mismo un problema prioritario, de orden teórico y práctico en la disyuntiva que vive hoy la civilización capitalista. Por ejemplo, “debido a la creciente demanda de transparencia en las sociedades avanzadas, el paradigma de los datos abiertos puede llegar a convertirse en un standard internacional, tanto en el ámbito público como privado, por lo que organizaciones de todo tipo se enfrentarían a la necesidad de crear plataformas de comunicación abiertas que permitan a los clientes tener pleno y fácil acceso a todos los datos relevantes como ciudadanos, clientes y/o usuarios” (Guilló/Mancebo, 2017: 429).

El activismo digital plantea, en primero lugar, un reto sobre el régimen de transparencia. Es más, los movimientos sociales deben ser considerados como actores de una mediación hipervisual de redefinición de la economía política del archivo, que modifica los procesos de acción y organización de los modelos dominantes de gobierno y control social tradicionales. Así, “el movimiento YoSoy132 surgió durante la primavera de 2012 en México, como una

reacción contra la desinformación proporcionado por el duopolio de televisión (Televisa y TV Azteca). Los manifestantes usaron el contexto hipervisual para su beneficio. Por muy fugaz que fuese el movimiento, logró romper el sesgo de información que determina en gran medida la vida política, económica y social en México” (Mraz.Bartra, 2017: 54). La crisis de representación y dominio en países como México va más allá, en este sentido, de la lectura periodística, y reduccionista, de las redes de información según el paradigma informacional. Las demandas de OPEN DATA plantean a este respecto: la transferencia, gobernanza y buen gobierno basado en la responsabilidad informativa; la construcción de redes de cooperación y colaboración social, y el desarrollo de servicios públicos y prestaciones a la ciudadanía descentrados, autónomos y radicalmente participativos.

“Las tecnologías le aseguran al ser humano un mundo sin límites. Velocidad sin límites; conexión sin límites; tecnología sin límites; el único límite es el que te impones a ti mismo; estas son algunas de las expresiones con las que se introduce el tema de la ilimitación de la acción humana gracias a las tecnologías” (Cabrera, 2011: 40). Ello impone dos lógicas de captura, en el discurso y la acción política institucional: el reino de la libertad y la novedad permanentes; la conectividad continua e intermitente en un universo sin afuera. Ahora, la Noosfera puede dar a entender, equívocamente, como razona Formenti, que el capital cognitivo acumulado es el factor decisivo de transformación social, dando por supuesto que las fuerzas productivas desarrolladas por el capital son neutras. De ahí el discurso del *empowerment ciudadano* y la autonomía de la red que realimenta el fetichismo de la mercancía (Formenti, 2017). El discurso de la autonomía es el imaginario hoy hegemónico entre los usuarios de Internet que domina la política de la cultura digital emulando el enunciado publicitario de movilidad y conectividad difusa del libre flujo de los operadores y empresas de telecomunicaciones. El consumo de información y el acceso se asocia así con la valorización subjetiva del individuo,

por más que esta es una relación de dependencia. “La relación sujeto-tecnologías que permea y funda las redes las configura como un terreno político de producción de subjetividad, donde se confrontan intereses, poderes, concepciones del mundo, prácticas materiales, simbólicas y discursivas, imaginarias, saberes, paradigmas de construcción de conocimiento e inteligibilidad de lo real, proyectos sociales, económico-políticos, científico-tecnológicos, militares, religiosos y culturales” (Condorelli/Gambetta, 2016: 8). Y en el que, no cabe olvidar, la opacidad del algoritmo es inversamente proporcional a la libertad del usuario en un entorno de capitalismo ficticio que, bajo el control de la estructura de la información, impone la lógica de la reproducción asimétrica del contenido simbólico de intercambio según la ley de hierro de estratificación clasista de lo social. La expoliación de datos públicos representa, en este sentido, la imagen más apropiada para describir el orden social del algaritarismo. Empleos uberizados y precarios, trabajadores sin derechos, y consumidores esquilmados por la industria publicitaria y la gestión del marketing, bajo el discurso del emprendedorismo y la modernidad high tech, son la realidad común normalizada en la que naufraga el internauta inmerso en la promesa de libertad de movimiento y navegación.

Bien es cierto que la información pone en-forma, codifica la realidad, la actividad de lo imaginario despliega la creatividad como proyección sin fin de la voluntad transformadora del ser humano. Sabemos con Bourdieu y Williams que la experiencia y habitus es un espacio de mediación y creatividad social. Ahora bien, la imagen idealista de la revolución tecnológica elude pensar, en términos de sistema político, la configuración y estructura de la red, un problema neurálgico si consideramos que hoy tiene lugar una suerte de extractivismo que despoja a las multitudes conectadas de sus datos y al Estado de su capacidad de archivo en beneficio del capital. Por ello el Parlamento Europeo ha exigido diversas medidas como tasas impositivas del 9% al 23% para gravar la economía digital dominada por el oligopolio de los GAFAM. La

regulación del capitalismo de las plataformas digitales es un reto vital para las democracias del nuevo milenio, amenazadas por el neofascismo de The Movement y los portavoces del capitalismo ficción de la destrucción creativa que abogan por la imposición de la excepción como norma y la precariedad como horizonte negando todo principio de esperanza, desplegando el poder de un presente participativo y la inmanencia de la expropiación forzosa como una forma virtual del destino manifiesto que el Capital, siempre ausente, programa de forma secreta. Como advirtiera Guy Debord, en la era de la sociedad del espectáculo, el secreto es la norma y no la excepción. De ahí la centralidad de este campo problemático de conocimiento cuyo alcance exige una lectura transversal, dada la actual determinación de las formas contemporáneas de ciudadanía que despliega las potencialidades creativas de los sujetos y conjuntos humanos, en el actual proceso de revolución industrial. Más aún, si la apuesta, desde la práctica teórica, es asumir el necesario desplazamiento de la racionalidad tecnocrática a una mirada sociocultural, abordando este ámbito de análisis con la idea de disputar el sentido y razón de ser de la lógica institucional de reproducción de las redes en virtud de nuevos reacomodos, relaciones y estrategias de reconocimiento de los sujetos conforme a los cambios experimentados por la nueva cultura digital, resulta necesario, en esta dirección, mudar los enclaves y posiciones de observación, como ha venido haciendo la tradición y pensamiento crítico a lo largo de la historia.

En definitiva, toda conceptualización teórica sobre el interfaz Ciudadanía/Nuevas Tecnologías de la Información apunta, en nuestro tiempo, la emergencia de un nuevo modelo de mediación social marcado por la afirmación de la radical singularidad creativa de sus agentes y un nuevo marco de contradicciones que atraviesan la nueva división internacional del trabajo, así como los procesos de acceso y apropiación de la tecnocultura, que dan cuenta de la centralidad del plano de la inmanencia en las políticas de representación contemporánea. Experiencias como el movimiento

del *15M* o *Yo soy 132* en México actualizan así una lectura crítica del *espíritu McBride* en la demanda de derechos culturales por parte de las multitudes conectadas, mientras se produce un proceso de reconfiguración intensiva del ecosistema cultural en torno a las redes distribuidas de información y conocimiento. En este marco, la teoría crítica de la mediación se ve impelida a definir nuevos anclajes conceptuales y una ecología del saber comunicacional pensada desde el Sur y desde abajo, considerando la centralidad que, hoy por hoy, adquiere el trabajo inmaterial y, más concretamente, las nuevas tecnologías digitales, en los procesos de intercambio y reproducción social ampliada que anteceden y atraviesan toda posibilidad o forma de participación y de convivencia. Pues con tal proceso no sólo han entrado en crisis las formas de *gubernamentalidad* y las lógicas de concepción del desarrollo heredadas del difusionismo iluminista. Las redes y el lenguaje de los vínculos definen nuevos cronotopos y puntos de condensación de la experiencia del sujeto moderno que deben ser repensadas desde una cultura de investigación dialógica y una concepción abierta del acontecimiento, dada la ruptura o discontinuidad histórica experimentada en la producción mediática contemporánea. En otras palabras, en el nuevo horizonte cognitivo, la política de la ciberdemocracia debe plantearse como una Economía Política del Archivo, como una crítica metacognitiva de la captura de la experiencia vivencial de la cibercultura, comenzando con los indicadores de inclusión digital y concluyendo con los modos de compartir y socializar el saber sobre lo social donde emergen tensiones y aperturas, contradicciones y problemas como el perfilado y la videovigilancia, la mercantilización y biopolítica de lo común, la crisis de los modelos tradicionales de organización, la heterotopía y explosión de la diversidad en el ágora virtual y la normalización, la remediación y el *crowdsourced* en la generación de los datos ciudadanos, la individuación y la incultura o falta de competencias ciudadanas en el uso inteligente de la información, la infoxicación y apropiación corporativa de los datos públicos

o la colonización de la memoria externa, o exomemoria, por los criterios de clasificación de la Web Mercator (Rodríguez Prieto/Martínez Cabezedo, 2010). Estas tensiones que recorren el espacio de la red dan cuenta de un nuevo proceso y contexto de lucha por la hegemonía cuya máxima expresión es la ciberguerra.

Tiempo hace que las redes son objeto de disputa con el despliegue bélico de la política por otros medios. A veces de forma virulenta, y no hablamos de la dialéctica propia de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, como insisten en contar los medios dominantes, sino más bien como cabe analizar en la guerra silenciosa entre la Casa Blanca y Pekín. En esta y otros conflictos difusos, se constata que la galaxia Internet es la era del Big Data y del Poder de Comando Informacional. Un tiempo marcado por la lucha o disputa por el código que afecta al conflicto en Cataluña tanto como a los golpes mediáticos a lo largo y ancho de América Latina. De ello ya hemos dado buena cuenta más que detallada en el libro “La Guerra de la Información” (Sierra, 2017). Y lo pusimos en evidencia en el II Congreso Internacional de Movimientos Sociales y Tecnologías de la Información (MOVENET) que convocó en Sevilla a académicos, activistas, medios comunitarios y profesionales del campo del periodismo y de la Comunicación Popular. En el marco del Proyecto de I+D “Ciberactivismo, Ciudadanía Digital y Nuevos Movimientos Urbanos” (www.cibermov.net) y la Red Tecnopolíticas (<http://www.tecnopoliticas.org>), hemos podido constatar la emergencia de una agenda política nacional e internacional, empezando por el manejo de redes en el referéndum celebrado en Cataluña, que requiere ser pensado, como la persecución y arresto de Julian Assange, reveladora de la insidiosa cultura de los secretos oficiales. Las técnicas de hackeo, interceptación de llamadas telefónicas o el intento de eliminar los dominios en la red del pensamiento disidente son algunas de las estrategias desplegadas en nuestros días por los poderes establecidos del imperialismo en una campaña de acoso y derribo de toda resistencia, incluyendo la criminalización de la protesta. No sorprende pues que tras la

actuación judicial de estrategias como el *lawfare* los portavoces de la Santa Alianza exijan regular el control de la opinión no aclamativa en las redes o demanden de Bruselas una acción de ciberseguridad contra Rusia, Venezuela y toda fuerza considerada, una vez más, como parte del Eje del Mal.

En los últimos tiempos, se observa una escalada militar de la llamada guerra silenciosa que pone en cuestión el espacio de la autonomía y las posibilidades de movilización en los canales y medios ciudadanos de la cuarta revolución industrial. De los discursos y experiencias analizadas en esta materia, cabe cuando menos asumir tres lecciones fundamentales como retos o agenda para la acción: primero, no hay democracia sin liberar el código y establecer un marco civil de Internet (hoy dominado por los GAFAM y el control de Estados Unidos); en segundo lugar, sin pedagogía de la comunicación en las redes sociales no es posible un proceso de construcción de hegemonía para otra cultura posible y necesaria como modelo de mediación social; y, finalmente, si las futuras guerras del Siglo XXI van a ser, como es previsible, por el agua y los golpes mediáticos hoy se resuelven por vía judicial, ello es solo posible porque el espacio a controlar, combatir y militarizar de Internet queda sujeto, como en su origen, a los intereses hegemónicos imperialistas como históricamente ha sucedido en la comunicación moderna. Por lo mismo, los movimientos sociales y las fuerzas de progreso deben disputar el sentido de la red como un bien común y empezar a reivindicar, más allá del principio de neutralidad, políticas públicas que democratizen el sistema de telecomunicaciones y que, como propone Morozov, fiscalicen la acción de inteligencia, videovigilancia y vulneración de los derechos humanos que las grandes corporaciones, el capital financiero, y sus ejecutores en los gobiernos, vienen implementando para encubrir el devastador expolio de acumulación por desposesión. Este es, en verdad, el nudo gordiano del Big Data, ya sea en Cataluña, o desde luego Bruselas o Ucrania. Por lo mismo, el horizonte cognitivo de problemas aquí expuestos bien merece una atenta lectura

crítica del aloritarismo, una crítica de la economía política de la información distribuida en red, mancomunada a partir de laboratorios ciudadanos y la organización del territorio desde la autonomía, desde la cultura netsmart, desde la inteligencia colaborativa en red con la socialización de competencias y procesos de producción, tanto como a partir de las políticas públicas y el Estado. Ello apunta, como necesaria, una política de comunicación transformadora, el acceso libre, la formación proactiva, la creación de plataformas y redes de dominio público y, por encima de todo, una organización autónoma, comunitarista, inspirada en la pedagogía de la praxis, de los procesos de producción y estructuración de datos más socializada.

Lo que nos proponen, en fin, los autores de este libro es una apertura inteligente, una aproximación plural acorde con el nuevo entorno informativo que apunta la pertinencia de nuevas miradas sobre los movimientos sociales, las prácticas autónomas de jóvenes y minorías, la teoría de la ciberdemocracia y las prácticas de resistencia del netactivismo, cuestionando las visiones al uso sobre la ciudadanía, a fin de tratar de pensar desde el sur y desde abajo otras matrices conceptuales y nodos posibles de proyección de una nueva teoría crítica de la mediación acorde con la cultura digital. Sobre todo porque los nuevos movimientos-red, la emergencia de la acción social conectiva son constelaciones configuracionales. Hace tiempo los estudios del Grupo Datanalysis dan cuenta de tal emergencia en las cajas de resonancia y procesos disruptivos de la crisis del capitalismo. En el Seminario Permanente de Ciberdemocracia, organizado por COM-POLITICAS, Miren Gutiérrez apuntaba en este sentido cómo el activismo de datos constituye hoy un frente cultural de disputa de la democracia con la vindicación de Datos Abiertos. Como advierte Holloway, el mundo como representación es la abstracción formal del proceso concreto y material de subsunción, despojo y alienación. De facto, la contrarrevolución digital es un proceso de imposición del ordoliberalismo como relato totalitario basado en

la superexplotación intensiva del postfordismo digital, el consumismo y elitismo *hípster*, la uberización del trabajo, el autocontrol y creciente dependencia, la proletarización, la extensión del control y videovigilancia, la desigualdad y empobrecimiento material y espiritual y, como parte de la biopolítica, el reino de la farmacopolítica del emprendedorismo o promoción del yo de la pseudoindividualidad reinante entre los nuevos trabajadores del universo Amazon. La utopía neoliberal conforma así un sujeto trabajador sometido, flexible, dispuesto a aceptar las exigencias de productividad y la conversión en empresario de sí mismo en una mixtificación sin precedentes que realiza lo que ya Morin vaticinó con el surgimiento de la cultura de masas: la colonización del espacio social y, lo que es más importante, una colonización interior absoluta que haga real el proceso de intensiva cosificación del sujeto cyborg.

En esta dialéctica un problema central del presente volumen es la reflexión epistemológica y política sobre las tensiones y contradicción entre el secreto y la exigencia de transparencia. Como advierte el escritor Alfonso Sastre, “estamos viviendo lo secreto como un mal profundo con el triunfo y asentamiento, en el sistema capitalista, del grande y tenebroso imperio de los lobbys (los antiguos pasillos y cabildeos), que a quienes se mantienen firmes en su insumisión los condenan a la soledad de la intemperie y, en algunas ocasiones, a una cierta muerte civil, evidente en el silencio que reina sobre su obra en los grandes medios; silencio del que solo lo liberan, si son escritores, algunas modestas ediciones, amistosas o familiares, amenazadas ellas también, ya definitivamente ninguneadas, claro está, por el mismo silencio mafioso” (Sastre, 2013: 55).

Ya sabíamos que la información es poder y que la captura del código es central en el nuevo régimen de mediación social, pero solo hoy, que Wikileaks revela las formas de operación y control de la CIA, la mayoría de la población empieza a ser consciente de

la era Gran Hermano. Una de las conclusiones más evidentes de los estudios sobre las formas de hegemonía en la comunicación mundial es, precisamente, la imperiosa necesidad del sistema de comando integrado de imponer y propiciar la devastadora lógica de dominio, o seguridad total, colonizando la esfera pública y extendiendo la política de la información de las “bellas mentiras” como relato único y verdadero de los acontecimientos históricos. Y ello, incluso, a condición de planificar y producir masivamente programas de terror mediático y militar para cubrir los objetivos imperiales, anulando todo resquicio de crítica y pluralismo informativo en la comprensión de los problemas fundamentales de nuestra sociedad. De aquí la necesidad de una mirada sediciosa sobre la política informativa que guía y proyecta los intereses creados del Imperio. Sólo si subvertimos nuestra posición de observadores y hacemos un sereno y agudo análisis sobre las formas de producción del consenso en las democracias occidentales, tal y como lo hace en su libro “Un mundo vigilado” Armand Mattelart, podremos entender cómo en la reciente historia existe una delgada línea roja, un hilo histórico que vincula las formas de gestión de la opinión pública del modelo angloamericano con el sistema de propaganda de Goebbels, una lógica instrumental que liga el régimen fascista con la voluntad de poder del gobierno imperial, a Dovifat y la dirección de la opinión pública a la producción del consentimiento, y la política de terrorismo y delaciones nazi, con la red de inteligencia y videovigilancia global que extiende el complejo industrial-militar del Pentágono. Tras la lectura atenta del volumen de Ignacio Ramonet sobre *La sociedad vigilada* o el trabajo de André Vitalis y Armand Mattelart *De Orwell al ciber-control*, el campo académico de la comunicación y la izquierda debería replantearse la función que desempeña en este escenario la cultura Big Data. Más aún, ¿qué consecuencias tienen los conflictos latentes entre la UE y EE.UU. por el dominio de los flujos de información y el gobierno de Internet? O ¿en qué sentido podemos hablar de un modelo europeo de Sociedad de la Información si los

principales actores transnacionales de la industria telemática están participados por los intereses estratégicos de la industria estadounidense y el complejo militar del Pentágono?.

Sabemos que las redes telemáticas están subvirtiendo la democracia, siempre lo han hecho. Hoy además los nuevos sistemas de comunicación son manifiestamente incompatibles con el diálogo político; la fragmentación y dispersión del espacio público es hoy la norma; el control de las redes a través de programas como Echelon amplía los sistemas de vigilancia y dominio del espacio privado de la comunicación; mientras que la instrumentación mercadológica de la democracia digital en los procesos de elección vacía de contenido público la participación ciudadana. En palabras de Zizek, cuando más alienada, espontánea y transparente es nuestra experiencia, más se ve regulada y controlada por la invisible red de agencias estatales y grandes compañías que signan sus prioridades secretas. El empeño por gestionar la opinión pública no es, sin embargo, reciente. Ya el padre de los estudios de opinión pública en Estados Unidos, Walter Lippman, calificaba como “lamentable proceso de democratización de la guerra y de la paz” la participación ciudadana, a través de la prensa y el debate público, en los asuntos de interés general que conciernen a la organización del Estado y su política exterior, por lo que, naturalmente, había que procurar fabricar el consenso, impedir la mediatización pública por el vulgo en los asuntos estratégicos que deben definir las élites. La llamada guerra contra el ciberterrorismo se basa en este principio y proyecta, en el mismo sentido, un modelo de mediación informativa opaco y concentrado que ha permitido desplegar en las intervenciones contra los llamados “enemigos de la democracia y la paz universales” diversas estrategias de terror planificado. La que hoy denominamos Sociedad de la Información amplifica, de hecho, los dispositivos de poder y normalización de la comunicación como dominio. Por ello, de acuerdo con Zizek, Assange representa una nueva práctica de comunismo que democratiza la información. Lo público sólo se salvará por la épica de los

héroes de la civilización tecnológica. Assange, Manning, Snowden son, como sentencia Zizek, “casos ejemplares de la nueva ética que corresponde a nuestra época digital”. Como espía del pueblo, la autonegación de Assange es la épica del héroe que socava la lógica del secreto para afirmar la publicidad por razones geopolíticas y de derechos. Sobre todo del derecho a tener derechos frente al discurso cínico de la Casa Blanca que Wikileaks revela deconstruyendo, punto a punto, documento a documento, la vergüenza de un orden social arbitrario.

Quienes hemos participado en la campaña internacional por la libertad del fundador de Wikileaks sabemos que en esta lucha nos jugamos el futuro de la democracia y los derechos humanos. En la era de la videovigilancia global, la defensa de Assange es la protección de todos contra la NSA y la clase estabilizadora del aparato político de terror que trabaja al servicio del muro de Wall Street. Ese y no otro es el alfa y omega del algoritarismo y la razón de ser del capitalismo de plataforma que hay que deconstruir: por todos, por el futuro y por la propia subsistencia de la especie y el planeta.

REFERENCIAS

- CABRERA, Daniel (2011). *Comunicación y cultura como enseñanza social*. Madrid: Fragua.
- CONDORELLI, A. y GAMBETTA, L. (2016): “De la movilización ciberactivista a una biopolítica de las redes” en *Revista DIXIT*, número 25, julio-diciembre.
- DOMÍNGUEZ, Lucas (2017): “La trampa del Nada que ocultar. Democracia, capitalismo y privacidad” en *Nueva Sociedad*, número 269.
- FORMENTI, Carlo (2017): “Democracia y momento populista: de América a Europa”, *El Viejo Topo*, número 359, pp. 43-49.
- GUILLÓ, Mario y MANCEBO, José F. (2017): “Comunicación y participación online. La evolución de los procesos participativos en entornos virtuales” en *Miguel Hernández Communication Journal*, número 8, pp. 413-434.
- GUTIERREZ, Miren (2018). *Data Activism and Social Change*. Londres: Palgrave.
- MRAZ-BARTRA, Anna Lee (2017): “Yo soy 132: Hypervisuality And Social Networks in Mexico”, *FILMHISTORIA ONLINE*, Vol. 27, número 1.

RODRÍGUEZ PRIETO, R. y MARTÍNEZ CABEZUDO, F. (2016). *Poder e Internet*. Madrid: Editorial Cátedra.

SABARIEGO, Jesús (2017): “Los derechos humanos en la era Twitter: la tecnopolítica de los Recientes Movimientos Sociales Globales”, CES, Coimbra.

SASTRE, Alfonso (2013). *¿Hacia un socialismo de las multitudes ?*. Hondarribia: Argitaletxe Hiru.

SIERRA, Francisco (2016). *La guerra de la información*, Quito: CIESPAL.